



**UNIVERSIDAD AUTONOMA DEL
ESTADO DE HIDALGO**



ESCUELA SUPERIOR TLAHUELILPAN

Equilibrio socioecológico: ¿Cómo se relaciona con mi vida?

ZUÑIGA GUERRERO VEIDA

102

CRUZ LEON JUAN DANIEL

DESARROLLO SUSTENTABLE Y MEDIO AMBIENTE

INTRODUCCIÓN.

En cada comunidad, el entorno natural y la vida social se entrelazan de formas tanto visibles como invisibles. El equilibrio socioecológico, entendido como la relación armónica entre los sistemas sociales y los ecosistemas naturales, es el lazo que permite que esta convivencia se sostenga. En mi entorno, como en cualquier otro, este equilibrio —o su ausencia— se refleja de distintas maneras: en los valores que practicamos, en las costumbres que mantenemos y en la visión particular que cada lugar construye sobre su relación con la naturaleza.

En este ensayo busco reflexionar y mostrar un poco de como se me presentaron estas relaciones en el lugar donde crecí, donde vivo y donde dejaré mi huella.

DESARROLLO.

Tepeji del Río Ocampo, un pueblito en Hidalgo, hogar de obreros, de gente trabajadora, de una población joven y un futuro incierto. Quizá siempre fue así; en el pasado me cuentan que esta era una zona mucho más rural, pero la urbanización terminó por alcanzarnos. Lo que no ha cambiado es la fuerza de su gente; lo que sí cambió fue nuestro tamaño y nuestro consumo: hoy hay más carros, más personas y, en consecuencia, más impacto ambiental. En aquel pasado rural predominaba, de manera natural, una economía cercana a un modelo circular, donde lo que se producía se reutilizaba y la vida estaba más vinculada a los ciclos del campo. Ahora, en cambio, con el crecimiento urbano y el aumento del consumo, se impone un modelo lineal, basado en producir, usar y desechar. En cuanto a tecnología, por supuesto que ha habido avances; no muchos, pero los hay. Yo, siendo del centro de este pueblo, reconozco mi desconocimiento sobre cómo nuestros campos se han visto beneficiados con estas innovaciones. Aun así, sé que han permitido aumentar la producción agrícola, aunque también han traído consigo nuevos retos: la gestión de recursos y el riesgo de sobreexplotación.

Todos estos cambios, en teoría, deberían haber impulsado distintas políticas públicas que no necesariamente mitigaran, pero al menos suavizaran el daño ambiental. Eso pensaría cualquiera. Sin embargo, la verdad es que nunca vi a las autoridades municipales involucrarse en este aspecto. Nuestras pocas áreas recreativas empeoran año tras año. “La unidad deportiva” —ubicada junto a mi preparatoria— de niña la veía como un espacio bonito y vivo; pero en mis años de adolescencia se fue tornando gris, con más basura, menos áreas verdes y un abandono evidente. Lo mismo ocurrió con “El Colibrí”: antes era un lugar verde, perfecto para sentarse en el pasto, y ahora luce seco, descuidado, sin rastro de interés por conservarlo. Jamás escuché de campañas para la población, de incentivos para cuidar más nuestro ambiente, ni de límites impuestos a fábricas o grandes empresas. El ejemplo más claro es el río Tula-Tepeji, uno de los más

contaminados del país, un recordatorio constante de lo poco que se hace para reducir nuestro impacto ambiental.

Pero estas afectaciones no provienen únicamente de nuestras autoridades; también surgen de nuestra cultura, valores y educación. A mi alrededor observo una cultura profundamente antropocéntrica: gente que tira basura en cualquier lugar, sin importarles las consecuencias. El jardín municipal, por ejemplo, suele estar lleno de desechos, y lo más grave es la indiferencia generalizada. Vivimos en una zona muy contaminada, pero pareciera que nadie se da cuenta.

Me resulta extraño porque, durante toda mi educación formal, se me enseñó a reciclar, reutilizar y reducir, a cuidar el ambiente y preocuparme por él. ¿Será, entonces, una cuestión de valores aprendidos en casa? En mi caso, mi familia siempre ha sido muy consciente de su impacto: reciclamos y reutilizamos, reducimos lo que consumimos y jamás tiramos basura en la calle. Crecí con la enseñanza de respetar, al menos en lo mínimo, las áreas comunes y nuestro entorno natural. No digo que soy la única que ha crecido con esta educación pero sí una minoría y me parece triste.

CONCLUSION.

Tepeji puede cambiar. Siempre hemos sido un lugar de gente trabajadora, lleno de historias que quizá nunca nadie recuerde, pero que laten en la memoria de quienes aquí vivimos. Este pueblo no es solo calles y fábricas: es un hogar para muchos, un espacio que merece ser cuidado y preservado. Estudiar nuestras dinámicas sociales y la manera en que se entrelazan con el ambiente no es un simple ejercicio académico; podría ser el primer paso para mirarnos con honestidad, reconocer nuestros problemas y empezar a construir un futuro más digno para nuestra comunidad.